

á Catalina en todas sus faenas de cocina y repostería; en fin, aquí hay, hijo mío, una pequeña colonia de personas felices.

¡Ah! ¿Por qué no puedes tú formar aún parte de ella? ¿Por qué estás tan lejos de mí? ¿Si á lo menos tuvieras cerca la dicha!

Ven á mi lado, para que yo pueda consolarte y reanimar tu valor, que, según veo por tu carta, está muy abatido. Para que no violentes á Valentina trayéndola aquí, saldré la semana que viene para Madrid, donde os esperaré.

Mucho me admiro de verte celoso, hijo mío: los celos rebajan más al que los siente que al que los inspira; empero, por si acaso tus temores son fundados acerca de ese Duque de Richeville, será prudente que salgas de París.

Yo aconsejaré á Valentina, te aconsejaré á ti, y la paz renacerá en vuestro hogar, que es lo que más desea tu madre, que te ama siempre y te abraza,

BRIANDA.

## XIV

**Mélida á la Condesa.**

*Febrero de 18...*

Tomo la pluma, querida mamá, llena de alegría, para escribirte, aunque ya es muy tarde y estoy cansada de todo el día.

Sí: estoy fatigada de cuerpo; pero mi alma está alegre, y quiero hacerte partícipe de mi contento.

Has de saber que Santiago se casa mañana con María, la hermana de Valentina.

Como la casa del alcalde tiene privilegio para todo, la boda se celebrará aquí y no en casa de la novia, según costumbre.

Madre Catalina, Honoria y yo hemos trabajado hoy muchísimo.

Yo he hecho natillas y he cuidado de las habitaciones.

Honoria ha lucido todos sus talentos de repostería; madre y la criada se han encargado del aseo de la cocina, de cambiar los blancos paños, de limpiar las cacerolas y todos los útiles de guisar.

La comida es espléndida.

Yo misma he arreglado el cuarto de los novios, porque debo advertirte, mamá mía, que hay mudanzas en casa; ¡sí, grandes mudanzas!

Por más que se ha hecho, no ha sido posible vencer la repugnancia de Bautista á ser labrador. Él obedecía á su padre; pero quizá le hubiera costado la vida, porque aspira á más: el foro es su ambición; y yo, al ver que era aquí mejor apreciada que antes, que me amaban y se escuchaban mis opiniones, me atreví á manifestar lo que pasaba en el corazón de Juan.

—De ese modo—dijo madre Catalina—se puede quedar Santiago en casa, y Juan y tú os iréis á la ciudad para que él acabe su carrera de abogado.

La verdad—añadió el padre de Bautista:—siempre he deseado que nuestro hijo mayor fuese algo en el mundo.

Has de saber, mamá, que este buen hombre, uno de los más graves que yo he conocido, y que parece al hablar que está dotado de una voluntad de hierro, es como el eco, no sólo de los pensamientos, sino de todas las palabras de su mujer.

Puede decirse que no tiene, ni aun en las cosas más insignificantes, voluntad propia.

Aunque haga sol, si dice su mujer que llueve, se adhiere al instante á este parecer, no por complacencia, sino porque verdadera y sencillamente lo cree así.

Sólo una mujer buena, irreprochable y dotada de talento, puede llegar á tener tal ascendiente sobre su marido y sobre todas las personas que la rodean.

A pesar de su carácter fuerte y de las formas desapacibles de su lenguaje, mi madre Catalina es una mujer digna de la mayor estimación.

Su caridad no conoce límites; es activa, tierna en el fondo, y está dotada de los más bellos sentimientos y de un instinto perfecto de moderación y de justicia.

He seguido, acerca de ella, todas tus instrucciones, madre mía, y me ha ido muy bien.

El silencio, la dignidad suave, jamás alterada, pero tampoco desmentida jamás, y algunos regalos hechos á tiempo, me han conquistado su ca-

riño y confianza, á pesar de *ser hija de una Condesa*, cosa que tanto la disgustaba.

Pero á ti, que te lo confío todo, debo confesarte ahora una cosa, mi buena mamá, y estoy segura de que serás de mi opinión: esa misma oposición, esa aversión que demostraba á nuestra clase, es otro motivo que me ha hecho estimarla.

Otra persona de su esfera hubiera empleado adulaciones, y quizá bajezas, para conseguir que su hijo se casara con una joven noble; para ella era una cosa muy triste casarle con una mujer de una clase superior: esto, mamá, creo que es nobleza y desinterés, cualidades tan apreciables y tan escasas.

La prueba más grande que ha podido darme de cariño y deferencia, ha sido el atender á mis reflexiones acerca de mi marido.

—Habla francamente—me dijo;—¿qué desea Juan?

—Madre mía—la respondí,—desea acabar su carrera y ser abogado.

—¿Tiene aversión á la labranza?

—Tiene aversión al materialismo de trabajar la tierra.

—Eso ya sabe que no tiene que hacerlo; su padre hace ya muchos años que no lo hace tampoco, y que tiene sus peones y criados.

—Juan dice que siendo sólo arrendatario y dueño de una cuantiosa hacienda, tendrá que estar casi siempre ocioso, lo que también le aburre;

y luego, madre mía, Juan desea la gloria, y yo estoy segura de que la obtendrá.

—¡La gloria! En todos los estados de la vida se puede ganar el cielo: ahí tienes á tu padre, que en toda su vida ha salido de sus campos, y si algún hombre ha de ir al cielo, es él.

—Madre mía, la gloria á que yo me refiero ahora no es la eterna; es otra que, antes de ir á aquélla, se alcanza en el mundo.

—¿Gloria en el mundo? No te entiendo.

—Mire usted: en el mundo, la gloria es la fama del talento. ¿No ha oído usted decir á todos que ha habido en España un pintor que se llamaba Bartolomé Murillo?

—Sí, por cierto: el que pintó la Virgencita que hay en un cuadro de la sacristía, que parece que habla.

—Pues bien: no hay en el mundo una persona que no sepa que Murillo era un gran pintor; esa es la gloria. Murillo tuvo gloria en la pintura; el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba la tuvo en las armas; en las letras, Santa Teresa de Jesús. Juan puede alcanzar mucha en su carrera de abogado: él lo adivina, y desea concluir la y trabajar.

—Ya—dijo sentenciosamente padre Matías;— gloria y fama es lo mismo en el mundo.

—Lo mismo, padre mío; es decir, casi lo mismo. Aunque hay algunos que tienen fama sin merecerla, esa está basada en falso y dura poco; pero

la de mi Juan, la de nuestro Juan, será sólida, verdadera y durable.

—¡De qué modo dices eso!—exclamó madre Catalina.—¿Juan podrá alcanzar justa fama en su carrera de abogado?

—Sí, señora.

—¿Qué sabes tú?

—Conozco lo que vale, y estoy segura de que lo logrará. Juan no sólo será una notabilidad ilustre en el foro, sino que escribirá obras que harán su nombre, el nombre de sus padres, glorioso é inmortal.

—¡Eso es! Y cuando todos le alaben y le adulen, olvidará á sus padres—exclamó dolorosamente la anciana.

—Madre mía—dije yo tomándole una mano con ternura:—Dios, ese Dios justo y equitativo, sólo da verdadera gloria á los buenos, ¿oye usted?, á los buenos. No conseguirá larga dicha ni ilustre nombre el mal hijo, el mal hermano. Juan es bueno, y, ante todo, es buen hijo; si no, no le amaría yo. Sus padres serán siempre para él lo primero, lo más querido del mundo: yo respondo de eso; en cuanto á su método de vida, á sus gastos, á todo, ustedes dispondrán; á nosotros, ahora y siempre sólo nos toca obedecer.

—Verdaderamente será una cosa hermosa que Juan sea, dentro de cinco ó seis años, un señor respetable, un sabio, un hombre de fama—dijo la buena madre.—¿Verdad, Matías?

—Yo, si viera eso, me volvería loco de gozo—replicó el anciano.

—Pues nada, está dicho. Mira mis condiciones, hija mía: buscaremos en la ciudad, y amueblaremos, una habitación decentita: eso á tu gusto; te irás allí con Juan; él irá á la Universidad, y todos los sábados por la tarde os vendréis aquí hasta el domingo por la tarde ó el lunes de madrugada, para que Juan no pierda la cátedra. Os daremos...

—Madre mía, ya hablaremos de eso—dije;—ahora venga usted á ver mi regalo para la novia.

Y me llevé de la mano á esta santa y amorosa madre, que, bajo su ruda corteza, guarda tanta abnegación.

Ahora te digo, llena de alegría:—Mamá de mi alma, mi marido va á ser algo en el mundo; el corazón me lo dice... ¡Estoy segura de ello! ¡Va á ser algo bueno, grande y glorioso!

MÉLIDA.

## XV

### El Conde de Peñafiel al Duque de Richeville.

*Madrid, Febrero de 18...*

Voy á seguir al fin tu consejo, Octavio: ¡necesito verla! En vano lucho con este sentimiento, más poderoso que mi razón, más fuerte que mis

reflexiones, omnipotente hasta con mi férrea voluntad.

El boxeador lucha en la fría y soberbia Inglaterra, mientras para ello tiene fuerzas; pero algunas veces cae á los pies de su competidor, rendido y exánime, y le deja todo el precio de su feroz victoria con su último suspiro.

He aquí, Octavio, lo que á mí me sucede: ¡mi locura triunfa; mi razón está vencida!

En vano he rogado á Dios, á ese Dios que adoro hoy con todo el ciego ardor de mi fe de niño; á ese Divino Padre, á quien no he olvidado ni aun en medio de mis mayores extravíos: la imagen de Mélida venía ante los ojos de mi alma, y el nombre de Mélida resonaba en torno mío como escapado de un coro celestial.

Locura es esta de la que quiero curarme, más que por mí, por mi mujer, que me ama y sufre, y que además ha concebido celos de la pobre y buena Honoria, mi hermana de leche.

No ha podido menos de conocer que en mi corazón pasa algo extraordinario, algo que le puede ser muy fatal.

Yo buscaba la compañía de Honoria para hablar de Mélida, y sobre Honoria han recaído sus sospechas.

Sí: quiero y debo curarme. Me acercaré al ídolo, y tal vez, como tú dices, caerá hecho pedazos.

Poco se necesita para destruir el encanto: si se

asusta de mis palabras, si opónete á ellas una vulgar timidez, estoy curado.

Si me escucha con placer, si es capaz de buscar ocasión para oírme, lo estaré también. Creo, sí; quiero creer que lo que siento es una enfermedad de mi cerebro, cuya curación tengo la seguridad de alcanzar.

Clara merece además que lo procure: una multitud de jóvenes elegantes la rodean. ¿Y sabes cuál es su más asiduo galanteador?

El Marqués de Montemar.

Hace algunos días que llegó aquí con su esposa; y este hombre, que rehusó la mano de Clara con tanta indignidad, me parece que está enamorado de ella de veras desde que ve que es mía.

Por mi parte, he cumplido lo que le ofrecí. «Verás—le dije en mi última carta—á la hermosa, á la noble, á la distinguida Condesa de Peñafiel, pasar cada día á tu lado, en los salones adonde llevarás en mal hora á tu labriega; la verás apoyada en mi brazo, en el brazo de un marido honrado y valeroso que impondrá respeto á los pisa-verdes, á los calaveras estúpidos que pululan alrededor de todas las mujeres jóvenes, bonitas y recién casadas.»

Clara está vengada. A pesar del estado deplorable de mi ánimo, estos días la he acompañado á algunas *soirées*, donde ha brillado con todo el prestigio de su hermosura, de su clase y de su indisputable distinción.

He sentido orgullo al ver el efecto que hacía: todos se agrupaban en derredor suyo; al pasar, se alzaba un murmullo de admiración.

Clara es una niña encantadora. Quiso la mala suerte de Valentina que, después de bailar un rigodón, se sentase mi mujer á su lado. Valentina la dirigió una mirada de odio, porque, á la verdad, Clara la eclipsaba completamente, á pesar de que la Marquesa de Montemar estaba cargada de joyas, y la Condesa de Peñafiel llevaba sólo un sencillito traje de crespón blanco y el magnífico aderezo de perlas y brillantes que mi madre usaba para las ceremonias de la corte.

La belleza provocativa y algo vulgar de Valentina hacía resaltar la noble hermosura de Clara.

Clara es hoy una gran señora, en la verdadera acepción de la palabra: sus frases, sus actitudes, sus maneras, constituyen un conjunto perfecto, que hace asomar á los ojos de muchas mujeres las llamas de la envidia.

César la contemplaba fijamente y como deslumbrado; y por una coincidencia extraña, sorprendí la mirada de su mujer clavada en mí con la misma expresión.

Al volver anoche á casa después del baile de la Embajada de Francia, dije á mi mujer que tenía que hacer un corto viaje.

—¿Adónde vas?—me preguntó.

—Me siento mal—contesté,—y voy á hacer una visita de algunos días á Mérida y á Juan Bautista.

Clara palideció; y yo, al ver la impresión que le hacían mis palabras, estuve á punto de decir:

—No voy.

Pero al instante me sentí agobiado por el temor de que se prolongase el funesto estado de mi espíritu, de que Clara llegue á apercibirse de la verdadera causa de él, y me dije:

—Es preciso curarme.

Tuve, pues, la crueldad de hacer como que no reparaba en la turbación de Clara, y entrando en mi cuarto, dí las órdenes á mi ayuda de cámara para que todo lo preparase para hoy.

Dentro de dos horas partiré, Octavio: perdóname. Motiva mi viaje, además de lo que ya te he dicho, otra cosa que te diré más tarde, pero que te insinuaré ahora... Someto á Clara á una prueba terrible, porque está celosa y resentida conmigo y ha conocido el efecto que ha producido en César.

Ya veo el gesto de indignación con que lees estas palabras; pero ¿qué quieres? ¡Estoy loco! Creo que en las visiones de mi fiebre desearía que mi mujer escuchase las galanterías de César hasta ponerme en ridículo. Cualquiera cosa me parecería buena, con tal que aflojase este lazo fatal, con tal que pudiese amar á Mélida sin remordimiento. ¡He puesto con un valor impío en manos del azar la tranquilidad de mi casa y la dicha de mi vida! ¡Que haga Dios de mí lo que cumpla á su misericordia!

CAMILO.

## XVI

### Clara á Mélida

*Madrid, Marzo de 18...*

Acabamos de llegar de un baile que ha tenido lugar en la Embajada de Francia, y al entrar en casa, mi marido me ha dicho que va á ese pueblo.

Mélida: el dolor, la cólera, los celos, la desesperación, me ahogan... ¡me vuelven loca!

¿Dudarás aún? ¿Disculparás todavía á esa infame mujer, que cuando nos educaba nos predicaba la virtud, y que ahora es el verdugo de mi felicidad conyugal?

¡Sin duda ella le llama!... ¡Sin duda ella es la que aconsejó que se casara conmigo, para entregarse con más libertad á su amor!

Mi semblante ha debido demudarse de una manera espantosa al oír decir á Camilo: «me voy». Él se quedó mirándome, y en sus ojos apareció la duda, la vacilación... A pesar de su funesta pasión, su corazón es bueno y tiene entrada en él el remordimiento... pero esa mujer ha podido más... Camilo ha separado sus ojos de mi semblante, ha entrado en su cuarto y ha dado las órdenes al ayuda de cámara para marchar mañana.

No sé si hay en mí mucho valor, mucho orgullo ó mucho de ambas cosas: lo cierto es que yo quería prorrumpir en gritos, en quejas, en sollozos, y que he podido dominarme hasta el punto de guardar silencio. Me he arrojado de rodillas delante de mi reclinatorio, he apoyado la cabeza entre mis manos y he ofrecido á Dios este inmenso dolor.

¡Sin embargo, no he podido rezar!... ¡No tenía ideas, ni valor para procurar reunir!... ¡Alrededor mío sólo veía el vacío... la nada!...

Doś horas he permanecido así, sin color y sin voz; luego me he levantado y me he sentado á escribirte.

¡Lo necesitaba, sí, hermana mía! ¡Era preciso que hablase contigo, porque el dolor despedazaba mi corazón! ¡Ahora ya estoy más tranquila... ya no resuena en mis oídos una voz infernal que me aconsejaba cosas infames!

Sí, Mélida: en las tinieblas de mi dolor quería abandonar la casa conyugal y quejarme á todos del engaño de que he sido víctima; quería volver al lado de nuestra madre, y veía la mirada apasionada que César me dirigía en el baile, y que me decía: «¡vengate!»

Pero yo estoy loca: quiero que adivines las cosas sin acabártelas de decir. Han llegado de París Valentina y su marido, á los que he hablado en el baile de la Embajada de Francia; no recuerdo cómo está ella, pero sí recuerdo—quizá por-

que esté mi memoria iluminada por la luz fúnebre de la venganza—que César, que el Marqués de Montemar, que rehusó mi mano, me miraba esta noche como deslumbrado y como arrepentido.

¡Y se quejan los hombres de los extravíos de sus esposas! ¡Ah! ¡Si ellos no desgarrasen el velo de las ilusiones, que debe envolver siempre el techo conyugal, no habría esposas malas ni culpables!

Pero ya va penetrando en mi alma una triste creencia: tal vez el hombre no puede amar á la mujer propia; tal vez son una necesidad del siglo las recíprocas distracciones. Tú misma, Mélida, no me acusarías, estoy segura de ello, si diese oídos al amor de otro hombre que no fuese mi marido, ya que éste corre en busca de otra mujer.

Porque, ¿acaso debo yo guardar la fidelidad que él olvida?

¿Acaso debo yo sacrificarme al reposo doméstico que él tiene en tan poco? ¿No ha de haber en el ara otra víctima que yo?

¡Dios mío, apartad de mí estos tristes pensamientos! ¡Estoy sola en el mundo, pues no quiero afligir á mi madre con la relación de mis tormentos, y á nadie más se los puedo confiar! La soledad, el rencor y la desesperación son muy malos consejeros; y si él se va, no sé adónde me llevará el exceso de mi dolor.

Mélida: quizá Dios te conserva lejos de mi

lado para que veles por los restos de mi felicidad. Observa á mi marido, vela por mi reposo, haz entender á esa mujer cuánto te indigna su infame conducta... No te apartes de su lado ni un minuto, ni un segundo; sé su sombra, para no perder ninguna de sus palabras, ninguna de sus miradas, y venga así el ultraje que se me infiere.

No sé si podré contenerme sin correr detrás de Camilo, es decir, detrás de mi dicha, de mi vida, que se va; porque, Mélida, ¡yo no sé ni puedo explicarme de qué modo le amo!

Cuando estoy al lado suyo, el mundo entero se embellece á mis ojos y cobra mayor extensión. La vida me parecía sembrada de rosas desde que caminaba á su lado; una mirada suya me hacía grande: otra mirada suya me avergonzaba; él disponía á su antojo de mi vida, de mi entendimiento y de mi voluntad.

Jamás le hubiera yo podido ser infiel ni de pensamiento. A su lado, todos los hombres me parecen pequeños, vulgares, mezquinos; su noble y hermoso rostro tiene un sello de inteligencia soberana; sus ojos, y también su sonrisa, hablaban á mi alma un lenguaje divino que yo sola comprendía. ¡Cuántas veces me ha creído dormida en mi cuarto, y me he levantado para contemplarle en medio de su sueño! Y al verle tan hermoso, tan fuerte, tan tranquilo, ¡con cuánto fervor he dado gracias á Dios desde el fondo de mi alma por haber unido al suyo mi destino!

¡Sueños vanos de dicha! ¡Dulces recuerdos de un bien que he perdido, ó, por mejor decir, que nunca poseí! ¡Vosotros sois ahora mi mayor tortura!

Y, sin embargo, yo me veo al espejo y me hallo hermosa. ¡Yo soy buena, yo le amo con toda mi alma! ¿Qué hallará él en esa mujer que la eleva sobre mí? ¿Le querrá más que yo? ¡No! ¿Es más hermosa, más joven, más bondadosa que yo? ¡No, mil veces no! ¿La amará acaso porque es más desgraciada que yo? ¡Ah! ¡En ese caso, yo lo soy también y mucho! Tú se lo dirás, Mélida, porque á ti te creará mi marido. Vosotros os parecéis; los dos tenéis un sello de grandeza que no poseo yo... Hay una afinidad misteriosa en vuestras almas: ambas son elevadas, sublimes... La mía es más pequeña: si á ti te sucediera lo que á mí, llorarías, pero no tendrías odio á la aborrecible criatura que causara tus penas, porque en tu alma sólo pueden anidar la misericordia y el perdón... Yo aborrezco á esa mujer... la detesto; y aunque hay ratos en que me tranquilizo algún tanto, creo que sería dichosa al mirarla muerta á mis pies.

Adiós, Mélida, y ojalá que no conozcas jamás el terrible dolor que tortura á tu infeliz hermana

CLARA.

## XVII

Valentina á Mme. Honoria.

*Madrid, Marzo de 18...*

Quando era una pobre aldeana y estaba al lado de mis padres, donde nadie me entendía ni á nadie comprendía yo; cuando suspiraba por el círculo para el que había sido educada por usted, amiga mía, era mucho menos desgraciada que ahora.

Yo no sé qué peso insoportable me agobia y me consume; yo no sé lo que deseo, lo que quiero, lo que ansío... algo es, pero no sé comprenderlo.

Veré si logro hacer entrar en orden á mis pensamientos, para que usted, tan acostumbrada á leer en ellos, los pueda descifrar.

Creo que no he escrito á usted desde que lo hice, y brevemente, para anunciarle mi casamiento: así, pues, esta carta debe ser una especie de confesión general de tres meses acá.

Nada le ocultaré, porque me inspira confianza. ¡Sí, amiga mía! Yo la admiro y la amo, pues á la vez que se hace amar como la más tierna é indulgente de las amigas, se hace respetar como la más ejemplar de las madres.

La embriaguez de mi triunfo al casarme con el

Marqués de Montemar me alucinó durante algunos días. ¡Triunfaba de Clara! ¿Qué más podía apetecer por entonces?

No obstante, ella se casó también... ¡Y con qué hombre! ¡Era él con quien yo había soñado siempre!... Porque las naturalezas frágiles y locas, como la mía, sólo piensan en imposibles, y Camilo es casi un imposible en la tierra.

¡Clara fué la dichosa, como siempre: y según parece que ha determinado un fatal destino, iba delante de mí!

El lujo, el esplendor de mi nueva posición me consolaron un tanto. César me amaba, y cedía sin esfuerzo y sin contestaciones á todos mis caprichos.

Luego me vi rodeada de homenajes, de lisonjas; adulada, mimada por todos. Yo, pobre aldeana, llegué á ser en ese gran París una de las mujeres más de moda y más obsequiadas.

De repente se le ocurrió á mi marido volverse á España: creo que tuvo la ridiculez de sentir celos porque el Duque de Richeville se estaba enamorando de mí.

Salimos de París, con muy mal humor por mi parte; en todo el camino creo que no le hablé ni una sola palabra.

Al llegar aquí, su madre estaba esperándonos. ¡Bonita sorpresa! Yo que tanto me había reído de ella, me hallaba ahora con este Argos insoporable.

Nos acompañó á la casa que estaba dispuesta para recibirnos, tan suntuosa y tan magnífica como todas las que habita esta gente: llena de mármol, de plata, de pórfido y de bellos cuadros de los mejores autores.

César, disgustado de mí, se encerró en su cuarto, y yo empecé á bostezar al ver que me quedaba sola con su madre.

Esta me tomó de la mano, se sentó á mi lado y me dijo:

—Hija mía, lo hecho, hecho está: ya eres la esposa de mi hijo, y como madre, te amo. Sólo deseo que seáis ambos dichosos.

—Pues creo que no lo seremos jamás, señora—repuse yo;—nuestros caracteres son muy opuestos.

—En ese caso, es á ti á la que toca ceder, hija mía—me dijo con toda formalidad.

—¿Siempre?—le pregunté burlescamente.

—Siempre, ó casi siempre: esa es la suerte de la mujer. Busca lo que agrade á tu marido, huye de lo que no le guste, y complácele todo lo posible.

—Señora—dije yo,—eso le toca á él.

—Te toca más á ti.

—¿A mí sola?

—Sí, hija mía: cree en mi experiencia. Si eres buena, amable, cariñosa y resignada, dominarás á César, que es lo que se llama un buen muchacho.

—¡Pero si ya le domino, señora!...

—Pues llegará un día en que dejes de dominarle.

—No lo creo.

—Y yo estoy segura de ello, á no ser que con tu talento...

—¿Por qué no me ilustra usted con algunos consejos?

—Con mucho gusto—dijo la buena señora, sin conocer que me burlaba.—Helos aquí:

Es preciso dominar al hombre por medio de su propio egoísmo, es decir, haciendo que su mujer sea á sus ojos la más amable y bonita, y su casa la más agradable del mundo. Es preciso aparentar que se cede, y ceder mil veces en las cosas pequeñas, para que ellos cedan en las cosas grandes; es preciso, en fin, complacerlos en todo, para que busquen y amen nuestra compañía.

—Es decir, señora, que es preciso ser esclava, ¿no es verdad?—exclamé yo enojada.—Pues eso no se conseguirá jamás de mí.

Y la volví la espalda, saliendo de la habitación.

Por la noche fuimos á la Embajada de Francia, donde había baile, y estaba brillantísimo. Al entrar, la primera persona que vi fué á Clara.

¡Pero qué bella, Dios mío!

¡Si lo que yo siento es envidia, bien castigada estoy!

Ella se llevaba todas las miradas, todos los homenajes.

Su traje era sencillo y rico. Llevaba un adorno de perlas y brillantes digno de una reina, y que sin duda le ha regalado su esposo.

¡Su esposo!

Al estampar esta palabra, mis mejillas arden y mi cabeza se pierde.

Camilo, con su traje negro y su corbata blanca, era el bello ideal del hombre fuerte, noble y distinguido. ¡Qué suprema elegancia la suya! ¡Qué aire tan noble y tan altivo tiene! Parece como que mira de alto á bajo á la humanidad entera.

Me pareció flaco y demudado, más que el día que nos casamos en la capilla del palacio de la Mariscalá.

¡Alguna pena tiene! No me queda de ello la más leve duda.

Desde el día que le vi, no sé dónde vivo ni lo que hago. La primera vez que se presentó á mis ojos, me hizo una impresión profunda; la última ha sido mucho más honda.

¡Oh, qué dichosa es Clara!

¡Y cómo la aborrezco ahora!

Cuando yo estaba contemplando á Camilo, volví la cabeza y vi que mi marido la miraba extático.

Es una mujer que á todos avasalla. Sólo para ella había miradas.

Amiga mía, yo no sé qué pasiones se agitan dentro de mi pecho y le destrozan. Soy muy desgraciada... sólo quisiera llorar. ¡Cuanto hay en tor-

no mío me hiere, y quisiera huir de mí misma ó morirme!

¿Qué haré? Aconseje usted á su amiga

VALENTINA.

## XVIII

### La Condesa á Melida.

*Madrid, Marzo de 18...*

¿Qué dirás de mí, hija mía, al esperar en vano carta mía durante tantos días?

Me acusarás de indiferente, de poco cariñosa contigo, á quien amo tanto...

Tu última carta merecía una pronta respuesta, y de tal naturaleza, que animase tu admirable valor; pero cuando sepas lo que sucede aquí, estoy segura de que no extrañarás mi silencio.

Es una triste verdad que en este pobre mundo la alegría y el pesar caminan juntos, ó más bien, asidos de la mano como inseparables compañeros.

Era yo tan dichosa como puedo serlo, estando tú lejos de mí, con la llegada de mi amiga la Mariscalá, y al ver á Clara contenta y feliz.

Es cierto que algunas veces veía aparecer nubes de tristeza en la frente de tu hermana.

Pero no es propio el temple de su alma para vivir en una perpetua serenidad, y creí que eran cavilaciones sin motivo, ó quizá el exceso mismo de la dicha, lo que la hacía ponerse melancólica y preocupada.

Sin embargo, noté en ella una novedad que me alarmó: tú sabes que siempre ha querido mucho á Honoria, vuestra antigua preceptora. Pues bien: desde hace algún tiempo, parecía incomodarla su presencia de una manera tan visible como extraña.

Aumentó mi temor el ver que el mismo cuidado que ponía Clara en huir de su amiga, lo empleaba Camilo en acercarse á ella.

En fin, al cabo de bastante tiempo llegué á convencerme de una desconsoladora realidad.

De que tu hermana estaba celosa de Honoria. ¿Era con fundamento, ó eran sueños de su imaginación?

¡Ay, no! porque Camilo sólo estaba bien cuando se hallaba al lado de aquella mujer, y esto lo conocía yo lo mismo que tu hermana.

Noche hubo en que hallándome yo en casa de Clara, cuyo salón estaba lleno de una escogida concurrencia, salió Camilo y fué á casa de Honoria en busca de su compañía.

¡Ya no pude dudar de la desgracia de tu pobre hermana!

Y, sin embargo, ésta, llena de la nobleza de su carácter, náda me decía, por no disgustarme sin duda, y sufría sola el terrible tormento de los celos.

Un día dijo Honoria que iba á pasar algún tiempo á tu lado.

¡Juzga de mi alegría! Sin duda, dije, quiere huir de la persecución de ese hombre. ¡Respeto el reposo de mi hija! ¡Ah! ¡La he acusado sin razón! ¡He juzgado mal de su corazón, de su virtud!

Clara empezaba á respirar, y yo también, cuando de repente Camilo anunció que iba á partir al día siguiente.

Clara, loca, desesperada, ya no pudo disimular más conmigo.

Llegó trémula de indignación y de dolor, se arrojó en mis brazos y se echó á llorar amarga y desoladamente.

Me contó sus tormentos de hace dos meses, y todo lo que había notado de extraño y de culpable en la conducta de Camilo.

Lloraba, gemía, se quejaba. En el paroxismo de su dolor, quería correr detrás de su marido culpable. Por fin aquella terrible desesperación acabó con un ataque de nervios.

A decir verdad, no sé, hija mía, cómo consolé ni lo que dije á tu pobre hermana; pero, á lo menos, lloré con ella, que es cuanto puede hacer una madre al ver á su hija desgraciada y casi loca de dolor.

Ahora bien, hija mía: yo creo que tu hermana te habrá escrito sus penas y que te habrá encargado que espíes á los culpables y que mires por su reposo y su sosiego; que estudies sus miradas,

que escuches sus palabras, y que se lo escribas todo; pero te ruego que no lo hagas así, Mérida: que sea á mí á quien confíes todo lo que pase, pero no á tu desgraciada hermana, cuya cabeza está cerca del extravío.

Hija mía, creo que ofendo á tu buen talento con esta advertencia... pero si vieras á tu hermana... es seguro que comprenderías todas mis precauciones.

La admirable belleza de Clara se ha agostado como una flor sin brisas ni rocío: está sombría y meditabunda, y tan débil, á causa de no tomar alimento alguno, que á cada instante cae en terrible delirio.

Yo también, á mi vez, te encargo, Mérida mía, que me des noticia de lo que suceda.

Valentina se atrevió ayer á venir á ver á Clara, acompañada de la Mariscala. Pero ¿á qué no se atreverá esta criatura loca y mal aconsejada? El amor ó el capricho de Camilo por Honoria ha sido notado por muchas personas, pues él no ponía el más leve cuidado en disimularlo. Habrá llegado también á noticia de Valentina, y ha venido á gozarse en el terrible dolor de Clara.

La Marquesa de Montemar es el tipo de la extravagancia, porque sigue en todo las leyes de su capricho.

Sin poder decir que falta al decoro, se puede asegurar que lo tiene en poco, al ver su modo de vestir, de hablar y de accionar.

Hay en ella cierta cosa muy triste en una joven, que es el ansia de llamar la atención.

¡Qué lejos está eso del misterio que debe envolver á la mujer, y que hace durar su imperio tanto como su vida!

No hay nada tan bello como la modestia y la reserva: lo que se oculta, se busca; lo que se ostenta, es menospreciado.

¿No buscamos con afán la violeta, que se oculta entre el musgo, y ni siquiera miramos á la malva loca, que ostenta al paso sus tallos cargados de flores?

Y, sin embargo, aquélla es bien pequeña, y, excepto su perfume, está exhausta de galas; ésta posee colores ricos y aterciopelados.

La Mariscala recibió á Valentina con amor y con toda clase de consideraciones á la vuelta de su viaje á Francia. Mi pobre amiga, tan buena, tan timorata, tan pura, me ha dicho, llena de aflicción, que la dió buenos consejos y la amonestó cariñosamente para que pudiese retener el corazón de su marido; pero ella, menospreciando sus canas, faltando á todo respeto, se rió de sus advertencias.

¡Cuán distinto destino es el tuyo, mi adorada Mérida!

Tú, casada con un hombre que te es tan inferior en clase, aunque te iguala en la nobleza del alma, eres mal recibida por la madre de tu esposo y condenada por ella á los oficios más duros de la

casa y á los más humillantes tratamientos, y desarmas á tu enemiga á fuerza de dulzura y de talento.

Valentina, casada con el Marqués de Montemar, que la es tan superior en todo, es recibida con amor por la santa y noble madre de su esposo; es acariciada, y una mano respetable y benéfica le traza la ruta que ha de seguir, y, sin embargo, cierra los oídos á la voz de la razón y de la experiencia, los ojos á la luz que le ilumina el abismo, y va ciega á precipitarse en él.

¡Oh, hija mía! Aunque yo sé mejor que nadie que todos somos hermanos en Dios, y que la mayor nobleza del linaje humano estriba en las buenas obras de cada uno, estoy muy convencida también de que la sangre noble produce muchas nobles acciones.

Yo me envanezco, ilustre mártir, de ser tu madre, y creo que ya alumbra tu destino la luz de la victoria.

¡Reza, ángel mío, por tu desgraciada hermana, tú que quizás eres ahora la más dichosa, porque eres la que más ha sufrido ya, á pesar de tu corta vida!

LUISA.

## XIX

**Juan Bautista á Luciano.**

*Urrea de Jalón, Octubre de 18...*

Hace tres días, mi querido amigo, se ha casado mi hermano Santiago con María Herrera, hermana de Valentina, la que fué mi novia.

Como se ha decidido que yo siga la carrera del foro, que ya llevo bastante adelantada, los novios se han quedado á vivir en casa, á fin de que Santiago cuide de la hacienda, porque yo me iré á vivir á la ciudad con mi mujer.

Ella es la que ha conseguido este triunfo insigne de mi madre, que no quería que yo fuera más señor que mi padre, como ella dice.

Ya hemos ido á la ciudad, y hemos alquilado un piso tercero en una casita nueva y muy bonita. Mérida lo ha amueblado á su gusto, y esto basta para que sea el nido más primoroso que te puedas imaginar.

Ella te lo describiría mejor que yo. En cuanto á mí, sólo te digo que allí se respira dicha y alegría por todas partes: el sol baña nuestra salita, amueblada con sillas cuya tapicería es de color de paja; dos ramos de flores la llenan de nubes im-

palpables de perfumes; un pajarito, dorado como las sillas, la alegra con sus cantos y con sus trinos, que caen en el aposento como las perlas desgranadas de un collar.

Mélida ha dispuesto para ella un cuarto vestido de tela de color de rosa y lleno de flores; un cuarto tan encantador como el nido de un joven cisne; nada más puedo decirte de él, porque mi tosca percepción de hombre deja escapar muchas bellezas de detalle.

Mi madre nos permite vivir en la ciudad, á condición de que hemos de ir á la aldea todos los sábados por la tarde, para pasar el domingo en familia, y volvernos el mismo día por la noche, ó el lunes muy de madrugada.

Nuestra partida estaba fijada para hoy; pero la hemos suspendido, porque ha llegado anoche el Conde de Peñafiel, esposo de la hermana de Mélida.

Yo no le había visto más que el día de nuestra boda, y desde luego me unió á él la más viva y profunda simpatía: es el hombre más seductor, el más completo que se puede encontrar y que yo me había figurado existiese; su belleza varonil tiene un sello de grandeza, que casi diría que deslumbra, si no temiese que te burlases de mí.

Yo no sé qué hay en su cara plácida y triste, grave y dulce á la vez: á sus ojos se asoma el genio con toda la arrogancia de la verdadera grandeza. Camilo es un hombre tan superior, tan tran-

quilo en medio de todas las vicisitudes de la vida, que me parece había de ennoblecer la mayor miseria, y que la más espléndida opulencia se empuñecerá delante de él.

Su mujer debe adorarle, y lo mismo todas las demás mujeres.

¡Qué no daría yo por parecerme á él, para ser digno de Mélida! ¡Qué no daría por tener esa calma, esa mesura perfecta, esos modales seductores, esa amena, viva, variada y profunda conversación! ¡Esa dignidad mezclada de indulgencia, esa gravedad dulce y templada!

Mi madre le brindó con nuestra casa, y él aceptó con franqueza.

—El caso es, hermano—dijo Mélida con su hechicera sonrisa,—que tu cuarto no será muy bueno; pero no hay otro y te contentarás con él. Yo misma le arreglaré, y verás cómo no queda del todo mal.

—Dispuesto por ti, mi querida hermanita—repuso Camilo,—será para mí el más delicioso asilo, y sólo deseo poder retirarme á él.

Mélida se levantó y salió, seguida de una de las criadas de la casa, que iba á ejecutar sus órdenes. Me pareció que el Conde la seguía con una mirada fija y profunda.

Pero ¿acaso él no mira así siempre? ¿Y acaso la figura encantadora de mi mujer no atrae de una manera irresistible la atención?

—Ya está tu cuarto, Camilo—dijo Mélida vol-

viendo al cabo de pocos instantes:—allí quedó luz por si quieres recogerte.

El Conde se levantó; volvió á mirarla de la misma singular manera, que esta vez me llamó más la atención; saludó respetuosamente á mis padres, y salió, acompañándole yo hasta su cuarto.

Mélida había sabido hacer, en pocos instantes, de una estancia muy humilde, una habitación primorosa.

Cortinas blancas en la ventana; una mesita con algunos libros escogidos, y adornada por un espejo, en el que se reflejaba un jarro de cristal con un ramo de flores; algunas sillas pintadas de verde, y en la alcoba un lecho colgado de sarga del mismo color, componían el mueblaje.

Sobre la mesa, y en una palmatoria de metal, brillante como el oro, ardía una bujía.

Ya estábamos en su cuarto, cuando llegó Honoria de casa del señor cura, adonde había ido á pasar un rato con doña Casilda, su hermana.

Mélida me había hablado de los celos que su hermana tenía de su antigua preceptora; y al oír el grito de alegría que dejó escapar Honoria cuando supo que estaba aquí el Conde, y al ver la precipitación con que corrió á su encuentro, casi me convencí de que era cierto.

No bien se halló en la estancia, Honoria se arrojó en sus brazos con el mayor júbilo y llorando, llena de emoción.

¿Será cierto? ¿Se amarán? ¿Habrá venido en busca de esa mujer, cuya reputación, según asegura la mía, ha sido siempre de la más intachable virtud? ¡Oh! ¡Eso sería infame, y la pobre Clara no merece por cierto semejante ultraje! Es hermosa, y tiene además otra cosa mejor, que es la belleza del alma.

Tales han sido, querido Luciano, los acontecimientos de estos días.

La dicha de mi hermano y de su joven esposa nos alegra á todos.

María es buena y hacendosa, y además muy bonita. Su padre la ha dado una dote muy regular. Es, pues, para mi hermano lo que se llama un excelente partido.

Los padres de María han comprado una casita al lado de la de los míos, para vivir cerca de su hija, pues con la boda de las dos se han quedado como cuerpo sin sombra.

Cuando me levanté esta mañana, que fué muy temprano, ya hallé á Camilo paseándose por el jardín con un libro en la mano.

Mi mujer andaba por otra calle cogiendo flores, pues entre los árboles vi su vestido blanco que el viento agitaba.

Al volver un sendero, se encontraron de frente: Mélida permaneció tranquila y risueña; pero creo que vi á Camilo cambiar de color.

Pero no: debe haber sido aprensión mía. ¡Camilo cambiar de color!

¡Él, tan dueño de sí mismo, tan grave, tan mesurado, palidecer á la vista de una niña!

No sé qué misterio hay aquí que hiela mi corazón. Pero hace algunas horas que me pregunto con incansable afán:

—¡Dios mío! ¿Por qué habrá venido aquí el Conde? ¿Cuáles serán sus designios?

Te he escrito una carta muy extraña, Luciano; pero tú lo comprenderás y perdonarás á tu amigo

JUAN.

## XX

### La Marquesa de Montemar á María Herrera.

*Madrid, Abril de 18...*

Debes estar enfadada conmigo, querida hermana, porque no te he escrito más que una vez desde que me casé, que ya ha hecho cuatro meses.

¡Si supieras, María, la vida que llevamos nosotros en el gran mundo, y qué poco tiempo hay de pensar en los demás! En las aldeas cada día es un año; en las grandes ciudades, los años son instantes.

Ahora te necesito y te escribo, encargándote mucho que pongas cuidado en lo que voy á decir-

te, porque es de la mayor importancia para mí. ¿Lo oyes? ¡de la mayor importancia!

Mañana salgo para ese pueblo. Voy sola con mi camarera. ¿Qué pretexto daré para salir de aquí, para dejar á mi suegra, á mi marido y al niño, hermano de éste, que es la criatura más impertinente que he visto? No sé; pero ello es que yo saldré mañana. Lo quiero, y basta.

A ti sola te aviso de mi llegada; no des noticia á nadie de ella. Cuando llegue, me verán ahí; pero no quiero que sepan que voy.

Sucede en ese pequeño pueblo algo que excita mi curiosidad, y de todo ello debes tú estar muy bien enterada. Fué primero Honoria, la directora del colegio donde yo estaba; después el Conde de Peñafiel, esposo de la hermana de Mélida, quien, según dicen, iba en busca de mi ex-maestra. Además, tú has ido á vivir á casa del alcalde con Santiago, tu marido; de modo que esa casa debe ser ahora una jaula de locos.

Y bien, María, yo sé que tú no tienes nada de tonta, y que antes bien, como te decía el señor cura, sientes la hierba nacer. A nuestra vista quiero que me digas si piensas real y efectivamente que el Conde ha ido en busca de mi ex-maestra, aunque yo estoy segura de que no. Creo adivinar que es lo que le ha llevado á esa aldea... y voy á asegurarme de ello.

Ya sabes cuánto he aborrecido siempre á Clara de Campoverde. Si sale verdad lo que yo me figu-

ro, podré tomar de ella la más grande, la más formidable de las venganzas.

Iré al castillo con mi doncella, y estaré algunos días; los que necesite para la ejecución de mi plan.

Habrás visto, puesto que te hablo de tu marido, que sé que te has casado. ¡Ah, mi pobre hermana! ¡Esa existencia sería morir para mí! ¡Dios mío, acabar ahí la vida sin conocer las bellezas que encierra! ¡Si supieras cuántas tiene! ¡Y tú, que eres bonita y cuentas tan pocos años! ¡Qué horror!

He pensado algunas veces, y más desde que trato de ir ahí, en lo que podía llevarte que te agradase; pero yo no sé comprar lo que usáis las lugareñas, y así te daré dinero y tú comprarás aquello que mejor te acomode: el dinero sabe á todo.

Mi marido es un gran señor, pero insoportable. ¿Qué será el tuyo, que es un palurdo? Mira: cuando yo esté ahí, vendrás á verme tú sola; pero no con él, porque me darían ataques de nervios sólo de verle. Me parece que desde que Mélida habita entre vosotros, habrá perdido por completo aquella distinción de maneras que antes encantaba en ella, aquella dulce majestad, aquella gracia suprema que campeaba en toda su persona.

Por aquí se cuentan maravillas y prodigios de su talento. Se dice que va educando insensible-

mente á su marido, el cual, de un tonto vulgar que era, se va convirtiendo en un joven elegante. Se dice que ha hechizado hasta á su suegra y la tuya, la arisca señora Catalina. Se dice que ha hechizado asimismo al simple del tío Matias, vuestro suegro, á tu marido y á ti misma. ¿Y será posible que para eso haya empleado sus coque-terías, sus gracias y la dulzura de su carácter tan envidiable y tan envidiada? ¡Apenas puedo creerlo!

Yo he visto lo mejor que hay en el mundo, hermana mía. He recorrido las grandes capitales, y ahora compadezco más que antes á los que jamás habéis dejado ese rincón de tierra y os habéis enterrado voluntariamente en él.

También tú podías haberte casado como yo, María; tú, tan bonita y tan joven, y ahora estás unida para siempre á un rústico que no te merece.

Adiós, hermana; hasta muy pronto. Si quieres, di á nuestros padres que voy; si no, cállalo hasta que me vean ahí, pues ya te digo que, en llegando, no pienso ocultarme, puesto que para conseguir lo que deseo tendré que dejarme ver bastante. Te abraza tu hermana, que te quiere,

VALENTINA.